

Los libros en la Universidad

Cuando el ruido de la calle cesa y las luces en las ventanas de las casas son el principal testimonio de la vida humana, un hombre sale al balcón de su departamento. Contempla el mar de luces que es la ciudad a esa hora y la luna. Mientras ve, se aquieta, se “embuenece”. Y de tanto mirar, ya no sabe que ve, fundido como está con la noche.

En otra ocasión, ese mismo hombre, cuando el ruido de la calle ha cesado y la gente se ha encerrado en sus casas, se acerca al librero que está adosado a una pared, la

más ancha, de la sala. Y de pie frente a él, contempla las hileras de libros. No busca nada en especial. No tiene, ese momento, la intención de leer nada. Ve los libros y acaricia sus lomos con los tres dedos más largos de su mano derecha. Acomoda los que no están alineados. Toma, al azar, alguno de ellos, repasa su superficie, lo hojea y lo vuelve a poner en su sitio.

Se sienta, luego, en el extremo del sofá que da al librero y mira hacia la noche a través de la ventana de la sala. Los libros detrás de él lo



Doble sentido

acompañan y lo protegen: amigos y guardaespaldas al mismo tiempo.

2.

Hermano, piensa, cuando toma un libro de López Velarde.

3.

En las librerías, en las bibliotecas públicas, los libros son paisaje. Están ahí para ser vistos y observados en detalle. Y uno puede recorrer los pasillos de la estancia como si estuviera siguiendo un sendero de montaña bordeado de árboles. El que entiende de libros no entra en una librería súbitamente ni con la cabeza baja. Se detiene en la entrada. Mide el espacio. Se hace una idea general del sitio y solo entonces continúa, manteniendo siempre la distancia para ver mejor; para alcanzar con su mirada tanto a los libros que están en las hileras superiores como en las de abajo. Se inclina. Se pone en cuclillas igual que el micólogo que, en el bosque, entre las hierbas húmedas, las hojas caídas, las ramas mohosas, busca el hongo comestible. A veces, en-

cuentra sorpresas tan gratas como “Paisaje con grano de arena”, de Szymborska, en dos dólares, allá, en el último estante, ese que reposa sobre el suelo y al que solo los buscadores de tesoros llegan.

4.

Sale a la carrera de la casa porque está atrasado para su clase. En la esquina, siente que algo le falta. Su mano derecha está vacía. Debe regresar de inmediato. Da marcha atrás, corre, abre la puerta de calle, sube las gradas de dos en dos, entra en la sala, toma de la mesa de centro el libro que estaba leyendo y vuelve a salir a la carrera.

“Contrafóbico” es el término que los psicólogos utilizan para referirse a los objetos que, como el libro de esta historia, ayudan a controlar la ansiedad a las personas. Sí, a lo mejor es un “contrafóbico”; pero, también, una presencia que acompaña, algo así como un pensamiento sólido. Un pensamiento que se lleva en la mano. Un pensamiento con forma, color y olor. El olor del pan caliente, el de la tinta fresca de los li-


Doble sentido

bros, el del café recién pasado, tres aromas: tres felicidades.

5.

Mientras camina cerca de una agencia bancaria, le sorprende una balacera entre policías y ladrones. Una bala perdida penetra en el libro que acaba de comprar y lleva pegado al pecho. Se trata de “Eso”, de Stephen King. Un volumen de 1503 páginas. La bala no le llega al corazón.

El libro es un escudo. Mientras más libros haya asimilado una persona, más protegida estará de las balas perdidas, esas que suelen soltar a mansalva los charlatanes. Sobre todo, los que se dedican a la política y, paradójicamente, a la enseñanza universitaria.

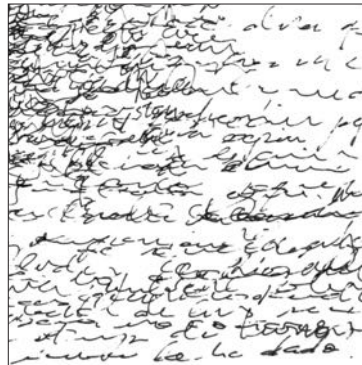
6.

En la actualidad, hay libros digitales, ebooks, que pueden ser adquiridos por un precio menor que el de los libros de papel. Con esos libros una persona puede armar su propia biblioteca digital. Aunque el lector haya pagado por un libro digital y, efectivamente, lo

tenga alojado en la memoria de su computadora, le resultará difícil considerarlo suyo, su libro. No puede, como el tradicional propietario de libros de papel, preguntar esperanzado: “¿alguien ha visto el libro que dejé en la mesa del comedor?”.

Lo propio es aquello que se puede perder, extraviar, desaparecer. Aquello de lo que a alguien lo pueden despojar. Para que un ebook adquiera el carácter de propiedad debe imprimirse y anillarse, obtener consistencia y ocupar un lugar. Convertirse, por tanto, en objeto del tacto y no solo de la vista. También del olfato. Los libros de papel envejecen igual que sus dueños, no así los ebooks.

El material del que están hechos equivale a la carne y el hueso de



⇐
Doble sentido

las personas. Su materialidad palpable les permite convertirse en testimonios irrefutables de una época y de un modo de ser de sus dueños. Una biblioteca personal refleja las continuidades y discontinuidades de la personalidad de su propietario. Este, contemplándola, se reconoce como si estuviera ante un espejo. Un espejo que tiene la virtud de mostrarle su imagen en el pasado.

7.

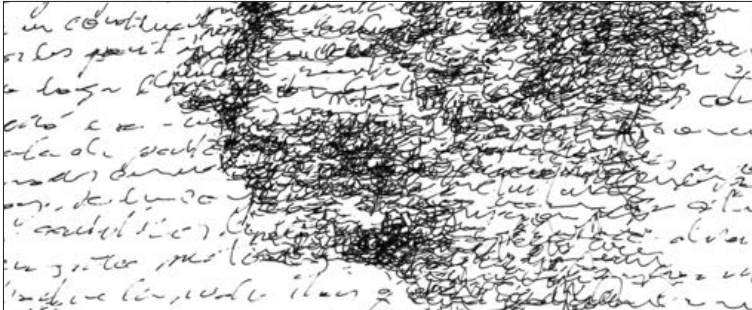
El libro de papel se incorpora a la casa, el ebook, nunca, a menos que se lo haya materializado. El libro de papel es un objeto de la casa, que suele compartir un territorio con otros objetos similares. Al disponerlos en un lugar específico y en un orden más o menos preciso, el dueño de los libros crea un ambiente. Intelectual se diría, pero, sobre todo, físico. En este territorio, que puede reivindicar como suyo, vive la lectura: el contacto significativo con los libros.

¿Cuál es el movimiento esencial asociado a los libros? Abrirse y cerrarse. Tienen, pues, un parentesco con las puertas. Son

puertas...de doble hoja, que conducen a mundos imprevistos. El lector tiene que usar ambas manos para abrirlos, mientras, al mismo tiempo, los sostiene. Los formatos pequeños son, a causa de esta y otras consideraciones relacionadas con el transporte, más aptos para la lectura que los formatos grandes. Más aptos son, también, los libros de pasta blanda que los de pasta dura. Las ediciones de lujo en grandes formatos son adecuadas para los coleccionistas, no para los lectores.

Los libros, ciertamente, han ido perdiendo prestigio, pero el que aún les queda puede intimidar a las personas que no han tenido mayor contacto con ellos. Si se quiere invitar a leer a la gente, hay que ser amables y modestos. Y ofrecerles libros fácilmente portables. La mayor portabilidad de un volumen amplía el radio de su lectura y multiplica las ocasiones de leer. Reduce, así mismo, la prevención que la gente experimenta frente a un libro. El libro pequeño está bajo el control del lector, el grande, por sus dimensiones y costo, lo intimida y lo disuade de adquirirlo. Si, de todas maneras, lo


Doble sentido



compra, debe sujetarse a sus condiciones de oportunidad, posición y espacio.

8.

Hace muchos, muchos años, a quienes habían ido a la universidad, mayoritariamente varones, se les llamaba hombres de libros. Hoy, esta caracterización es obsoleta. Al imaginar a un universitario, ahora, lo visualizamos como una persona joven sentada frente a una computadora.

En los actuales momentos, la educación universitaria prescinde, cada vez más, de los libros. Hasta el punto de que, para obtener un título, no es preciso que los estudiantes hayan leído libros enteros, sino unos cuantos extractos, unos cuantos resúmenes, unos cuantos

artículos que se pueden obtener en internet. En la misma condición que los estudiantes están muchos profesores.

Antes, un libro, abierto o cerrado, simbolizaba el conocimiento y el camino que una persona debe seguir para alcanzarlo. Ahora, esa función la desempeña la imagen de una pantalla y un teclado. Un universitario no tendrá ningún problema en aceptar esta imagen como símbolo de la vida académica. Los libros tienen un papel marginal en su formación, y no solo porque en la universidad no se leen libros, sino porque tampoco hay interés en ellos. Se prohíbe, incluso, que el profesor sugiera a los alumnos que los compren.

¿Significa esto que una adecuada formación personal y académica

⇐⇐
Doble sentido

exige la lectura de muchos libros? No necesariamente. Una buena formación exige buenas lecturas, tanto por la calidad del libro como del proceso lector. La biblioteca de Francisco de Quevedo, por ejemplo, no contenía más de doscientos volúmenes.

Muchas lecturas mal digeridas producen intoxicación, hartazgo, inapetencia. Por eso, una pregunta que no puede eludirse a la hora de plantear el problema del libro y la lectura en la universidad es ¿a cuánto asciende la capacidad media de asimilación lectora de los estudiantes? Esta pregunta se relaciona con otra: ¿cuántas materias debe aprobar un estudiante en un semestre?

Más de cuatro, probablemente, sea excesivo. Con un número menor de materias, un estudiante leerá menos, pero leerá mejor.

En las especialidades sociales y humanísticas, las primeras lecturas deben centrarse en los autores clásicos, a quienes el alumno debe leer directamente. Pero en la universidad ocurre lo contrario: la lec-

tura del comentario sustituye a la lectura del original. De esta manera, el estudiante nunca se entera de lo que un autor dice, sino de lo que un comentarista dice que aquel dice. La lectura mediada puede, en muchas ocasiones, conducir a la confusión o al engaño. Y, lo que es más peligroso, crea, en los estudiantes, la ilusión de haber leído a Platón o a Aristóteles.

La universidad ecuatoriana carece de mecanismos adecuados para seleccionar y admitir en su seno a personas de libros. La admisión de estudiantes y la asignación de cupos para tal o cual carrera está a cargo de una entidad extrauniversitaria: la Senescyt, que aplica a los aspirantes un examen de ingreso ("Ser Bachiller") uniforme, ya sea que estos quieran estudiar historia o física o medicina. Quienes obtienen los puntajes más bajos están habilitados para seguir carreras sociales y humanísticas, carreras para las que, sin embargo, se requiere de un alto dominio del lenguaje y la lectura, algo que el 95% de admitidos no posee.

La universidad ecuatoriana carece de mecanismos adecuados para admitir en su seno a personas de libros.

⇐⇐
Doble sentido

¿Cómo captar a los que leen? Este es un de los principales desafíos que la universidad tiene en nuestro país. El examen “Ser Bachiller” no ayuda a este propósito.

9.

El gusto por los libros se desarrolla antes de entrar en la universidad. Como cualquier afición o interés perdurable, surge entre la infancia y la adolescencia. La universidad, a través de la lectura obligatoria, puede afianzar ese interés, pero, también, alejar a los estudiantes del libro.

Si el interés por los libros nace antes de que una persona entre en la universidad y si ahí, de todas maneras, va a tener que leer unos cuantos capítulos o páginas de libros, es posible que se produzca una tensión entre lo que se lee por gusto personal y lo que se lee por obligación. A veces, esto no ocurre, pues el interés del estudiante coincide con el interés institucional. La lectura obligatoria, en este caso, se convierte en un factor de promoción lectora y de ampliación de los intereses de los estudiantes.

A la tensión temática, por llamarla de alguna manera, se suma la que surge de la necesidad de dedicar el tiempo suficiente a la lectura personal y a la obligatoria. A esta tensión se ven sujetos los estudiantes con intereses lectores propios. Los demás tienen, en las lecturas obligatorias, la posibilidad de acercarse al libro o de alejarse definitivamente de él. Esta última posibilidad es, quizá, la más factible. Cada vez hay más evidencias de que las generaciones que actualmente ingresan a la universidad son generaciones perdidas para el libro.

Hace cincuenta años, el porcentaje de personas interesadas en los libros no era, tal vez, mayor que el de ahora, pues este interés siempre ha sido minoritario. Había, empero, un acuerdo social sobre la importancia del libro y del aporte de los hombres de libros a la sociedad. Este acuerdo ya no existe. Cuando un profesor se jacta de haber limpiado su casa de libros y de tener cientos de volúmenes almacenados en un computador, creo que hemos entrado en un territorio del que, quizá, ya no podemos volver.


Doble sentido

10.

En las universidades del país, la importancia que se da a las bibliotecas digitales es mucho mayor que la que se da a las bibliotecas físicas. Las primeras van sustituyendo con rapidez a las segundas, y el computador asume la función del libro y la sala de lectura. El lector no está dentro de, sino frente a. Enfrentado, pues, y no resguardado, cobijado.

El ambiente de silencio y concentración que reina en una biblioteca tradicional es reemplazado, así, por el de la distracción y la dispersión, características del ambiente cibernético conformado por el computador e internet.

Aunque contiene libros, una biblioteca digital niega al libro como objeto y discurso. Los estudiantes y los investigadores llegan a los textos que se encuentran en la red no para leerlos, sino, como los huaqueros, para saquearlos. Este tipo de lector no busca en los textos el pensamiento -esa estructura razonada de palabras-, busca datos y citas, es decir, los elementos aislados del discurso, y no las relaciones entre ellos.



⇐⇐⇐
Doble sentido

La tecnología informática, que permite localizar frases y palabras específicas en un texto, contribuye a afianzar el saqueo intelectual como modo de lectura. Profesores y estudiantes universitarios desarrollan, con este apoyo, un estilo fragmentario de lectura, que, al impedirles construir una visión totalizadora y sintética de lo que leen, les lleva a adoptar una forma, fragmentaria también, de pensamiento y escritura.

11.

Si entendemos el estilo de vida como un sistema de hábitos y costumbres, se advierte que la lectura –y el libro que la propicia- no forma parte del estilo de vida de la mayoría de personas: profesores y estudiantes universitarios incluidos. La lectura, excepto la obligatoria, es, para ellos, un comportamiento excepcional.

Si la lectura por interés personal tiene un carácter episódico y marginal en la vida de los universitarios, el libro, también. Más que por limitaciones económicas, los universitarios tienen -cuando tienen- muy pocos libros personales, es

decir, muy pocos libros que han buscado y adquirido por voluntad propia, sacrificando, a veces, la satisfacción de otros gustos o necesidades. Ir a una biblioteca para leer lo que les interesa pero no pueden comprar tampoco forma parte de su estilo de vida.

En la cotidianidad, muchos hábitos y costumbres se mantienen por inercia: tomar el mismo camino para ir al trabajo, por ejemplo. Otros, para mantenerse, requieren de una acción positiva de los interesados. Ir a una librería, visitar una biblioteca, leer, son hábitos que se mantienen gracias al interés y al esfuerzo de quienes los practican. Estos hábitos ocupan un nivel alto en su escala de prioridades de gasto y actividad. Demandan, además, una serie de transacciones y acuerdos, no siempre fáciles, con las personas que forman parte del entorno íntimo del lector.

La lectura lleva tiempo. Y el tiempo para leer y estar con los libros es una variable dependiente de las actividades y relaciones laborales y familiares del lector, del tiempo de silencio o ruido tolera-



Doble sentido

ble del que disponga en el lugar donde acostumbra a leer, y de la existencia de un espacio libre de la irrupción de otras personas. Otro factor de importancia y que, a la vez, actúa sobre los demás, es la valoración social del libro y el lector.

En la actualidad, los lectores no son muy bien vistos y su actividad esencial, la lectura, es percibida por los no lectores como pasatiempo o tiempo malgastado. Para ellos, el tiempo que se puede dedicar a la lectura es el que resta luego de haber realizado otras actividades, estas sí importantes.

Tampoco es muy bien visto llenar la casa de libros. Los no lectores más osados, parapetados tras un discutible sentido práctico, llegan, incluso, a sugerir al lector que venda o regale los libros que ya ha leído, sin entender que los libros, los buenos libros, no se agotan y que el lector ha establecido vínculos afectivos con ellos, de suerte que, si se diera el caso, preferiría que los ladrones se lle-

ven su cama matrimonial a que se lleven los libros que compró con el mismo cuidado con el que algunas personas compran un pantalón o una camisa. ¿Dónde, si le robaran, podría encontrar “El color del tiempo”, de Clarisse Nikoïdski, libro que ninguno de sus amigos tiene? En su biblioteca, además, hay libros que están esperando su tiempo: el tiempo en el que el lector esté listo para leerlos.

12.

Las personas se acercan a los libros en busca de historias, respuestas, poesía o para pasar el tiempo. Solo en el último caso el libro es un medio. Como medio es, también, cuando se lo utiliza como yacimiento de datos y citas, que, debidamente saqueadas, pasan a formar parte de los, ya famosos en nuestro medio, artículos indexados. Textos escritos, en su casi totalidad, por personas insensibles a los valores sonoros y estéticos de la lengua.

En la actualidad, los lectores no son muy bien vistos y su actividad esencial, la lectura, es percibida por los no lectores como pasatiempo o tiempo malgastado.

⇐⇐⇐
Doble sentido

Las personas no afectas a los libros buscan lo mismo. Solo que las historias no las encuentran ahí, sino en las telenovelas, la crónica roja o los comics virtuales; las respuestas, en los reality shows o en los libros de autoayuda, que tienen el aspecto de libros, pero no lo son; y la poesía, en el reguetón. Si hubiera, en el país, una política de Estado orientada a hacer de estas personas lectoras de libros, ¿se lograría que estas sustituyan en sus preferencias a Ozuna por Pedro Salinas? En la mayoría de casos, no. Los amantes de los libros han sido y son una minoría. Lo importante es que esta minoría sea la encargada de enseñar en la escuela, en el colegio, en la universidad.

Pero si el libro no es un medio, ¿qué es? Es un interlocutor. Con él, el lector debe establecer un diálogo. Dialogar con el libro demanda el cumplimiento de algunas reglas:

- Estar dispuesto a oír aquello que no nos gustaría oír
- Oír con atención, sin permitir que nuestra mente diva-

gue, pero dejándola libre para que dude y cuestione.

- Asegurarse de que lo que se ha leído es lo que, realmente, el libro dice. Huir, por tanto, de la sobreinterpretación.

13.

Diagnóstico rápido de las costumbres lectoras de los estudiantes universitarios: los universitarios contemporáneos solo leen comics o los ven en su computador. Hace no tantos años, la lectura de comics era la antesala de la lectura de libros, ahora, en su formato físico, es un punto de llegada. También escriben tuits y leen tuits. Textos virtuales de una extensión no mayor a las ciento veinte palabras.

14.

Frente a esto ¿qué puede hacer la universidad? En las disciplinas sociales y humanísticas, creo que el principal reto, que ahora está en manos de la Senescyt, es definir un sistema de ingreso adecuado a esas carreras. Un sistema que permita el ingreso de los estudiantes

con mayores capacidades de lecto-escritura y no con una nota mínima en una prueba indiferenciada como es la prueba “Ser Bachiller”. Se impone, también, en el mismo sentido, una mejor selección de los profesores. Hay que asegurarse de que estos sepan, aunque suene chocante, leer y escribir, y de que tengan un acervo cultural que rebase el simple conocimiento especializado en una ma-

teria. Los profesores universitarios, al menos en las áreas humanísticas y sociales, no pueden ser simples técnicos. Deben ser personas de libros. Personas cultas, capaces de construir con sus alumnos una experiencia educativa que recupere y afiance los valores universalistas que son la esencia de la Universidad.

Fernando López Milán

* **Fernando López Milán.** Doctor por la Universidad de Salamanca. Docente y Director del Instituto de Posgrados de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador.